

El viaje

Adriana Francia



Image not found.

Capítulo 1

El viaje

El viento se hace más intenso. Maneja con las manos aferradas al volante. Sin apartar los ojos de la ruta le resulta imposible disfrutar la belleza del paisaje. Los campos sembrados de trigo amarillo que se inclinan obedientes a un costado por kilómetros y kilómetros se enfrentan a otros campos ralos, que permiten divisar el mar allá lejos como una línea oscura en el horizonte.

Una luz roja intermitente lo apura a buscar una estación de servicio. *¿Cuánto faltará para la próxima? Se pregunta inquieto. ¿Cómo no tuve la precaución de llenar el tanque antes de salir? Sólo atiné a tomar las llaves, subir al auto y arrancar.*

Un cartel oxidado indica que a 500 metros podrá satisfacer su necesidad. Levanta los ojos en agradecimiento y, al bajarlos, divisa un parador de campo donde en un letrero grandilocuente lee: "Estación de servicio Comidas y Bebidas".

Estaciona junto al surtidor. Desciende. El viento lo empuja. Se cierra la campera mientras camina los metros que lo separan del bar. Abre la puerta. Unos pocos parroquianos giran la cabeza para observar al forastero, un hombre de mediana edad, visiblemente porteño, con jeans y zapatillas y una campera demasiado liviana para el clima áspero del sur.

El olor a café recalentado que tanto le disgusta, hoy le parece delicioso. En el viejo televisor mudo, se distingue un titular inquietante: *Nuevo femicidio en Belgrano*. Las imágenes se suceden sin claridad, fallas de señal y lluvia gris entrecortan la transmisión. El reloj indica las 19.32. Se sienta a una mesa frente a la pantalla. Nadie, excepto él, le presta atención.

Le pide al dueño, que oficia de mozo, un café negro y una caña. La mayor preocupación es entrar en calor y continuar el viaje a la hostería para pasar la noche. Mañana ya tendrá tiempo de comprar ropa adecuada y pensar con claridad. Necesita estar solo, meditar, evaluar y sopesar las alternativas.

Una rápida mirada alrededor le devuelve hombres avejentados de manos rugosas, preparados para el trabajo duro del campo. Está seguro de que no se cuestionan, hacen lo que deben y punto. Lo lee en los ojos opacos y cansados. En cambio él siempre ha sido un hombre de interrogarse, de razonar, con imperiosa necesidad de saber más. ¿Más de qué?

El televisor continúa con la misma noticia. Vecinos y familiares de la víctima dan testimonios. Intuitivamente hace girar la alianza en su dedo anular. Cuando se siente un poco mejor, paga y pide que le llenen el tanque. *Por estos lugares no se manejan con tarjetas*, toma nota mental.

Enciende el motor y vuelve a la ruta. Un cuadro surrealista lo franquea por ambos costados, naranjas y rojos se funden con verdes y celestes.

Llega a la hostería bien cerrada la noche. El recepcionista lo recibe con una sonrisa cálida y franca. *¿Cómo estuvo el viaje? Le preparé una habitación*. El hombre lo guía hasta el final del pasillo.

Ni bien entra al cuarto, el calor y el aroma a pino lo reconfortan. Abre la ducha y deja que el baño se pueble de vapor. Enciende el televisor solo para sentirse acompañado. Adrede evita los canales de noticias y lo fija en uno de clases de cocina. Sale de la ducha y pide servicio a la habitación: un tostado mixto y una botella de vino tinto. Devora el sándwich y se tiende en la cama a terminar la bebida. Se despierta de madrugada. Apaga la tv y se tapa hasta las orejas.

La mañana lo encuentra descansado. Baja a desayunar y de inmediato se dirige al pequeño shopping a comprar ropa de abrigo. Acaba de decidir que va a quedarse unos días. Entra al probador y se cambia.

Regresa caminando y mientras atraviesa la plaza por primera vez desde su partida enciende el celular. Comprueba que tiene decenas de mensajes y mails que ignora y apaga el aparato. Decide no leer diarios. Este tiempo será exclusivamente suyo.

La primavera empuja los capullos de las flores que han esperado pacientes durante todo el invierno para asomar. Las montañas se imponen contra el cielo azul brillante. Ama ese lugar. Le trasmite la paz que tanto ansía.

¿Podrá recuperar el dominio de sí mismo? Camina a paso vivo hasta la orilla del lago y se sienta a contemplarlo. Sin conciencia del tiempo revive una y otra vez los acontecimientos del trágico día anterior. Busca indicios, motivos, explicaciones inútiles. Si hubiera dicho...Si hubiera hecho... Ahora comprende la inutilidad del condicional. *Lo hecho, hecho está y no se puede modificar*, se repite en voz alta.

Los días siguientes transcurren rápidos entre caminatas por el valle, paseos en bicicleta y tardes frente al agua. La inmensidad del paisaje y la amabilidad de la gente le hace bien. El clima lo acompaña y el sol le entibia el alma.

La mañana del regreso amanece gris, como presagio de lo que lo espera. Toma la precaución de comprar comestibles con el propósito de apurar la

llegada, decidido a enfrentar las consecuencias de su decisión, que no es impulsiva, sino fruto de un razonamiento sereno y frío.

El auto devora el camino y, cuando toma conciencia, se encuentra en la autopista cerca de la bajada de la Avenida 9 de julio. Estaciona en el garaje y camina la cuadra que lo separa de la escena definitiva.

En cuanto entra al departamento, la ve sentada en el sillón con la cara desencajada y los ojos hinchados.

Perdóname.

No siente pena. Aún le revuelve la sangre la imagen que no puede apartar de su cabeza: Ella con otro, gozando sin pudor.

Agarrá tus cosas y andate. No quiero volver a verte. Pensé en mil formas de matarte pero hubiera sido piadoso con vos y cruel conmigo. Iba a pagarte por buena y no lo valés.

Ella se levanta y toma la valija que seguramente tenía preparada desde el día en que él la descubrió. Sale en silencio.

Escucha el golpe seco de la puerta al cerrarse, se sirve un whisky, se saca la alianza y la estrella contra el vidrio de la ventana, la ve rebotar contra el suelo y, desgarrado, por fin llora todo su dolor.